



Hombres-océanos

Hay, con efecto, hombres-océanos.

Las olas; el flujo y reflujo; el vaivén terrible; el gemir de los vientos; las sombras y los resplandores; las vegetaciones del abismo; la demagogia de las nubes en pleno hucarán; las águilas sobre la espuma; las maravillosas salidas de los astros, repetidas en ignorado y misterioso tumulto por millones de puntos luminosos, cabezas confusas de lo innumerable; los temibles errantes rayos que tuercen su camino buscando a quien herir; los hondos sollozos; los monstruos que se vislumbran; las tenebrosas rugientes noches; las furias; los frenestes; las tormentas, las rocas, los naufragios; las naves que chocan y se resquebrajan; los truenos humanos mezclados con los truenos divinos; la sangre en el abismo. Después, las gracias; las dulzuras; las fiestas; las alegres y blancas velas; las barquillas de los pescadores; las canciones entre el estruendo; los puertos espléndidos; el humo del hogar; las ciudades en el horizonte; el azul profundo de las aguas y del cielo; la beneficiosa acritud; lo amargura que vivifica el universo; la áspera sal sin la que todo sería podredumbre; la cólera y el sosiego; el todo en lo uno; lo inesperado en lo inmutable; la prodigiosísima monotonía perpetuamente varia; el nivel tras el horrible trastorno; los infiernos y los paraísos de la inmensidad eternamente conmovida; lo infinito; lo insondable: todo eso puede existir en un alma, y entonces el alma se llama genio, y tenéis a Esquilo, a Isaías, a Juvenal, al Dante, a Miguel Angel, a Shakespeare.

Contemplar tales almas es contemplar el océano.

VÍCTOR HUGO.

Preparación a la siembra

Aprestáos, oscuros sembradores,
para el rudo trajín de las labores
que ha de dejar sangrantes vuestras manos.

Limpiad el campo, preparad la tierra,
que una propicia voluntad encierra
el ánimo cautiva de los granos.

Salid de los vetustos caserones
con la humildad de vuestros corazones
a principiar la rítmica faena,
que está la tierra plena
de las maternas ansias inconscientes
por los gérmenes y por las simientes.

Preparad los aperos seculares:
uncid los grandes bueyes familiares;
y al son del ronco cuerno campesino,
acatando las normas del Destino,
del alba a los postreros resplandores,
labrad, labrad, oscuros sembradores. . . .

Habéis de arar las apacibles eras:
y, pensando en las hambres venideras,
con un gesto ritual, que caiga el grano
al hondo surco desde vuestra mano.

Y después, sembradores, al reposo
del ocio suave, al esperar dichoso
tornad, y que concluya la vigilia
y lleguen a sazón vuestros afanes
que haréis mañana con los albos panes
las santificación de la familia.

Ved la misericordia de las lluvias
sobre el temblor de las espigas rubias.
Y cuando los graneros veáis repletos
—porque en la tierra vuestro bien se fragua—
alzad en vuestros brazos a los nietos
y bendecid el sol, load el agua.

Y derribad la cerca: los mojones
no los coloquen ya las sinrazones:
siempre serán bastantes vuestros trigos
para que no haya tristes ni mendigos.

Borrad del que *no tiene* el duro estigma
y la tierra del Dios haced benigna.
Y que florezcan los divinos dones
en el umbral de vuestros caserones;
y el Amor, allanando los caminos,
congregue en vuestro hogar los peregrinos...

Y así un buen día, piedra del futuro,
de la próspera Tierra sobre el haz,
hará surgir un sembrador oscuro
el árbol milagroso de la Paz.

CARLOS WILDE OSPINA.



En la Cartuja de Florencia

(Versión de Ismael Enrique Arceñiegas)

Dame, pálido monje solitario,
el sayal que te cubre y tu cilicio;
dame tu crucifijo y tu rosario
y tu desnuda celda, del bullicio
mundano lejos y su pompa vana,
que se abre al sol y a la vivaz llanura,
miras, en la elación de tus anhelos,
de las trémulas frondas la verdura
y las dulces sonrisas de los cielos.

Dame tus alboradas, que de oro
tiñen y de carmín la lejanía,
y el éxtasis profundo de la pía
salmódica de los monjes en el coro;
de tus tranquilos claustros el misterio,
dame y la honda paz del mediodía,
cuando sobre el callado monasterio,
que enorme y blanco se alza en la llanura;
a torrentes el sol su luz envía,
y en tu celda hay silencio y hay frescura.

Dame tus noches de quietud y calma,
y la tristeza donde toma el vuelo
la oración que del alma sube al cielo,
y trae bendiciones para el alma.
Pero si tanto puedes, yo te pido
un don mayor, cuanto en mi vida anhelo:
hermano, pide para mí el olvido.

IDA BACCINI.

Palabra y pensamiento

(Fragmento)

Abrid el ropero de una mujer que os sea conocida y la fragancia de las ropas os la traerá de cuerpo entero ante vosotros. Algo del sér humano queda en la atmósfera de las cosas de que se ha servido. *La estela de su paso* para el hombre puede ser metáfora; para el lebre, jamás.

Del flujo perpetuo de la vida en el hombre, algo, un rastro, se va quedando en sus ropas, en sus herramientas, en sus libros, en sus habitaciones, en las calles, en todas las cosas junto a las cuales se ha deslizado su existencia.

Nuestra vida se derrama, como la luz del sol, sobre el mundo que nos rodea. Somos estrellas errantes y cuanto nos toca se queda irradiando la luz de nuestro yo. La Psicometría, que parece arte de magos, descansa sobre ese principio tan sencillo. Así como las vibraciones del éter producidas por el primer grito del hombre sobre la tierra no han alcanzado aún el reposo, así mis acciones, y mis palabras no cesarán de vivir en la Naturaleza. Las huellas del tránsito de cada hombre por el mundo están castigadas de inmortalidad. La Naturaleza tiene su memoria más sensible y más fiel que la del mejor dotado de los hombres. Y por una ley magnética los efectos lejanos de la acción o de la palabra, describiendo un círculo perfecto, volverán a caer sobre mi cabeza infaliblemente. *La lengua castiga* es una expresión ordinaria que describe el resultado final de una larga observación de la humanidad. En efecto, cada palabra de amenaza que lanzo a los aires acabará por lapidar mi cabeza; cada palabra de amor volverá a mí con la mansedumbre de una caricia.

ROBERTO BRENES MESÉN.



Amor

Agua quisiera ser, luz y alma mía,
que con su transparencia te brindara:
porque tu dulce boca me gustara
no apagara tu sed: la encendería.

Viento quisiera ser; en noche umbría
callado hasta tu lecho penetrara,
y aspirar por tus labios me dejara
y mi vida en la tuya infundiría.

Fuego quisiera ser para abrasarte
en un volcán de amor ¡oh estatua inerte!
sorda a las quejas de quien supo amarte....

Y después, para siempre poseerte,
tierra quisiera ser, y disputarte
celoso a la codicia de la muerte.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.



La tarde

La tarde va a morir. Es una hermana
la tarde del amor—surge y enreda
en el paisaje cóncavo la seda
rosa y azul que el horizonte hilvana.

¡Oh crepúsculo tenue! En la ventana
un recuerdo de luz difusa queda;
la seda, ensombreciéndose, remeda
una caverna oceánica y lejana.

En el sofá confidencial estamos
y—con las manos castamente unidas—
enmudeciendo de emoción, gozamos

la inefable delicia de esta inerte
paz del amor, que infunde a nuestras vidas
el éxtasis sereno de la muerte....

DMITRI IVANOVITCH.

Respuesta

Has dicho:

—No le ví más que un momento.

—¿Te ví yo mucho más, mi dulce bien?

El alma te entregué y el pensamiento.

¿No pudiste entregármelo también?

Para subir de un vuelo a la alta cumbre,

para encender la noche en viva lumbre,

para dar al espíritu anhelante
goce embelesador,

¿no les basta un instante,
al águila, al relámpago, al amor?

Te ví y al punto te lloré perdida.

Pero consagraré toda mi vida

a merecerte sin cesar jamás.

Si ha de ser conocido el ser amado

¿cómo en voraz hoguera me ha inflamado
una mirada tuya nada más?

FRANCISCO COPPEE.



La enseña

La tropa entre la ardiente polvareda
que dora el sol brutal del mediodía,
marcha con jadeante bazarria
tras el ahumado pabellón de seda.

Y la mirada que afanosa espía
el horizonte, ilusionada queda
si un alegre espejismo de arboleda
finge la caldeada lejanía.

Aunque el sendero abrasador fatigue
y se queden algunos rezagados
en marcha siempre la columna sigue.

Y hasta los ojos turbios del que rueda
al borde del camino, consolados
se van detrás del pabellón de seda.

ISMAEL URDANETA.

Cada cual con su quimera

Bajo un inmenso cielo gris, en una gran llanura polvorienta, sin caminos, sin césped, sin un cardo, sin una ortiga, encontré a muchos hombres que caminaban encorvados.

Cada cual llevaba al hombro una enorme Quimera, tan pesada como un saco de harina o de carbón, o como el equipo de un infante romano.

Pero la monstruosa bestia no era un peso inerte; por el contrario, envolvía y oprimía al hombre en sus músculos elásticos y potentes; se sostenía introduciendo sus dos vastas garras en el pecho de su cabalgadura; y su fabulosa cabeza sobresalía por encima del pecho del hombre, como uno de aquellos cascos horribles con que los antiguos guerreros esperaban aumentar el terror del enemigo.

Interrogué a uno de aquellos hombres y le pregunté a dónde iban de tal modo.

Respondiome que no sabía nada, que los otros lo ignoraban también; pero que, evidentemente, iban a algún sitio, puesto que avanzaban impulsados por la invencible necesidad de caminar.

Cosa curiosísima: ninguno de aquellos viajeros parecía irritado contra el animal feroz que pendía desde su cuello y pegábase a su hombro; hubiérase dicho que creían formaba parte de ellos mismos.

Ninguno de aquellos semblantes fatigados y serios dejaba traslucir desesperación alguna; bajo la fastidiosa cúpula del cielo, caminaban con la fisonomía resignada de los que se hallan condenados a esperar siempre.

Y el cortejo pasó junto a mí y se internó en la atmósfera hacia el horizonte, en el lugar en que la superficie curva del planeta se oculta a la curiosidad de la mirada humana.

Y por espacio de algunos instantes me obstiné en quererme explicar aquel misterio; pero pronto la irresistible indiferencia cayó encima de mí, que me ví más cargado que aquellos seres lo estaban por sus aplastantes quimeras.

CARLOS BAUDELAIRE.



Psalmos de creencia

La vida es íntegra:
el arte es íntegro.

L. DE LA R.

¡Fe de poesía,
fe de armonía!
Fe en el ritmo glorioso, fe en la lira constante
que me da su piedad de melodía.
Fe en la armonía
que hay entre mar y estrella y entre rosa fragante,
y entre sabios y brutos humildes y poetas,
y entre la tierra,—toda de sol febricitante,—
y entre la vida próspera y entre el ávida muerte
de entrañas insondables y esperanzas escuetas.

¡Fe de poesía,
fe de armonía!
He aquí que ya he leído los libros, y que todos
vanos fueron a tu alma y a la mía,
¡oh Cisne de Lutecia!
He aquí que ya de múltiples y de cansados modos,
mi alma, ahíta de ciencias de amargura,
el discurso agobiado de palabras desprecia.

Y alza sus alas fuertes, toda desnuda y blanca,
y quiere la luz pura,
y tiene una virtud en que se estanca
la paz inagotable, como en un lago manso
la sideral teoría
de los soles compactos en cielos de negrura.

¡Fe de armonía!

Y ser como un remanso,
—cristalino descanso,—
que mira eterno a los espacios mudos,
y copia tempestades
que dislocan los árboles copudos;
y copia inmensidades,
y copia el rostro de la fiera, y copia
los fatigados rostros de los hombres,
sin inquirir sus vidas ni sus nombres;
y sigue reflejando,
en su simplicidad de agua tranquila,
en minúsculo cerco, humilde y casto,

—Musa ¡así quiere mi alma tu pupila!—
todo lo que se erige, lo que desmaya o cesa
bajo el gran cielo indiferente y vasto.

¡Y cabe aún la lírica tristeza!

De la vida a la muerte sólo lanzar un grito,
oh poetas, espíritus que el feraz infinito
hinche de soles íntimos y de sabiduría.

Fe en el ritmo glorioso,
y fe en la caridad del anchuroso
corazón de la sacra poesía.
He aquí las cinco tablas de un misericordioso
saber sencillo y magno:

¡Fe en la heroica armonía!

LEOPOLDO DE LA ROSA.



Fantasia

(Versión de Fernando Maristany)

Conozco un aire por el cual daría
todos los de Mozart, Rossini y Weber:
un aire antiguo, dulce y melancólico,
que sólo para mí su encanto tiene.

Cuando tengo la dicha de escucharlo
me transporta a los tiempos de Luis Trece . . .
Y siento que se extiende ante mis ojos
un ribazo amarillo de poniente.

Luego un castillo de ángulos de piedra,
con grandes ventanales de colores,
rodeado de parques, con un río
que sus pies baña y entre flores corre.

Luego, a su alta ventana, en traje antiguo,
una rubia doncella de ojos negros,
que tal vez en alguna otra existencia
había un día visto—y la recuerdo.

GERARDO DE NERVAL.

Cicerón

La potencia del alma de Marco Tulio sólo es comparable a su amplitud. Es un hondo humanista, un buzo de las científicas aguas, que tuvo por antecesor a Aristóteles y por sucesores a Erasmo y a Menéndez Pelayo. Su mirada se posaba, con delectación de caricia, sobre los antiguos y sagrados mármoles. Su alma se saturó de perfume griego, aunque él, en su orgullo latino, no lo creyera así.

Fué, al mismo tiempo, ya por elegancia del gusto, ya por debilidades del carácter, un flexible hombre de mundo, un cauto penetrante conocedor de la sociedad en que vivía. El patriota que interpuso su cuerpo entre el cuerpo de Roma y el puñal de Catilina, nos ha hecho olvidar un poco al hondo filósofo de Túsculo, al prodigioso conversador de las cartas a Atico, a quien fué todo erudición, todo talento, toda gracia,—gracia que él extraía como una miel de sus rosas de experiencia y de sabiduría.

Las fluidas masas oratorias, despeñándose en los siglos con rumor de inmortalidad, no dejan percibir claramente el correr blando de esa otra corriente ciceroniana que va por cauces de epístolas y diálogos, entre laureles del Tíber y flores del Egeo. Esta férrea figura, que se impone en las clases de retórica, de los arranques tribunicios, de la acusación a Verres, de la tribuna que encrespaba con hálitos de tormenta, es más suave, más insinuante, ofrece acaso mayor interés en el tranquilo retiro, bajo los pórticos familiares, paseando del brazo de un amigo por las enarenadas calles del jardín tusculano, mientras hablaba de la idea del dolor o del concepto de la inmortalidad. Entonces resultan la verba chispeante, el familiar sonreír, la serenidad del espíritu ecuánime fortificado en la vida y en el estudio.

Seguimos con emoción el simpático calor de familia y de amistad que enciende sus cartas; el celoso interés por los viñedos de Campania y los arrendamientos de Roma; la inquietud, no exenta de la perpetua vanidad, con que sometía a exámenes amistosos, los manuscritos madurados bajo los cielos del campo; las angustias con que el anciano consular aconseja, pregona, alienta a Marco Bruto en los días decisivos en que el mundo oscilaba entre el cesarismo y la libertad.

Roma tiene el alma dura No compadece: ex-plota; no perdona; extermina. La ciudad dominadora conserva el formalismo jurídico de sus leyes. Las águilas no saben de piedad. Pero en el gran orador no aparece así. Marco Tulio intimo no conserva el relámpago tribunicio. Al desprenderse de la toga se queda con la sonrisa. Gana en amabilidad lo que pierde en severidad. Es alado, con gracia ondulante, a las veces casi femenina.

Como todo lo sabe, se burla un poco de todo. Por encima de las preocupaciones se regocija su ironía, en una anticipación de Luciano. Al cabo de argumentar sobre la adivinación, que formaba parte de la vida pública y privada de la antigüedad, escribe a su hermano Quinto:

Después de todo, no conviene atacarla públicamente, porque se enojarían las viejas.....

JOSÉ RODRÍGUEZ CERNA.



Leyenda árabe

Iba entera la tribu en caravana
a tierra más feraz, rumbo a Occidente,
pero sin ver la estrella providente,
—feliz augurio de ventura humana.

—¿Dónde la estrella está?

—Alma liviana
que el delito manchó, la luz clemente
del Astro no verá - dijo el Vidente
de lengua barba y de sapiencia arcana.

Súbito, un niño al declinar del día,
vió el Astro que la tribu no veía:
la clara estrella de triunfal ventura.

—¡Vedla! ¡Ahí está! Su brillo es un diamante—
dijo mostrando al Sur.

...—La tribu errante
torció hacia el Sur por la montaña oscura.

EMILIANO HERNÁNDEZ.

La poesía de Eugenio de Castro

Ciertamente la poesía de Eugenio de Castro es poesía aristocrática, y, por tanto, no puede gustar sino a un público restringido y selecto, que, en los refinamientos de las ideas y las sensaciones, en la variedad sabia y musical de los ritmos, halla una singular voluptuosidad de espíritu. El común de los lectores, acostumbrados a los azucarados jarabes de las prácticas sentimentales, o simplemente de gusto austero y que no aprecian sino la leche y el vino vigoroso de los autores clásicos, vale más que no acerque los labios a las ánforas, curiosamente arabescadas y pomposamente gemadas, de los cantos, ya amorosos, ya místicos, ya desesperados, del poeta de Coimbra; ya que en ellos está contenido un violento licor que quema y disgusta a quien no está hecho a las fuertes drogas de cierta refinada y excepcional literatura modernísima.

VITORIO PICA.



Epígrafe

(Traducción de Francisco Villaseca)

Temblor de agua en una clépsydra goteante;
lentas gotas de sonos con que el reloj nos hiere,
hilos de arena en una ampolla vigilante,
leve sombra azulando la piedra del cuadrante,
así escurren las horas, y así se vive o muere.

Hombre, dime ¿qué haces? ¿Para qué das guarida
a locas ambiciones? ¿Por qué el odio te abrasa?
Procura solamente la Belleza . . . La vida
es un puñado estéril de arena resequida,
un son de agua o de bronce y una sombra que pasa.

EUGENIO DE CASTRO.

Pasión

Tiende el sol occidental
con amoroso retardo
dorada piel de leopardo
para tí en el arenal.
Bajo ese último arrebol
que esclarece tu embeleso,
tu sér, temblando en un beso,
no es más que un rayo de sol.
El crepúsculo que asoma
sobre el mar abandonado,
trae en su color rosado
no sé qué lánguido aroma.
Un suspiro hincha la espuma,
mas sólo se escucha el mar,
y al sopro crepuscular
nuestra delicia perfuma.



Delicia

La pureza celestial,
sobre la mar que reposa,
sutiliza el vago rosa
de una tarde de cristal.
La brisa amores promete,
y aunque a ratos mortecina,
ya es vuelo de golondrina,
ya rizo de gallardete.
Por el pálido sendero
la serenidad rosada
pasa como suspirada,
evocando su lucero.
A nuestro embeleso unido,
el matiz de rosa crece,
y de súbito parece
que en un beso se ha escondido.
Y al leve rubor que arde
en tu secreto de amor,
vuélvese en tí viva flor
todo el rosa de la tarde.

LEOPOLDO LUGONES.

Nostalgia

Ya bajo el templo, en holocausto puro,
no veré más—entre virgíneo coro—
doblar mugiendo la cabeza al toro
que en sangre tiña el pavimento obscuro;

ni en mi jardín de festonado muro
vendrá á mis brazos la mujer que adoro,
el pie cautivo entre sandalia de oro
y al aire el mármol de su seno duro.

No vibrará sobre mi tumba el sistro
con voz alegre de estival encanto,
aprendida de pájaros traviosos.

En las calladas márgenes del Istro
el polvo estéril que mojó mi llanto,
¡helado rodará sobre mis huesos!

GUILLERMO VALENCIA.



Ofelia

Rosa de mayo, Ofelia infortunada:
¿a dónde vas, tan pálida y doliente,
suelto el cabello, y la virgínea frente
de ortigas y de flores coronada?

Huye, loca infeliz, a tu morada:
no des un paso más, niña inocente.
¿No miras, dime, ese fatal torrente
que te lleva en sus ondas retratada?

Mas ya rodaste a su profundo cauce,
abandonando tu guirnalda mustia
entre las ramas de ese añoso cauce....

Flota tu blanca veste; y, entre tanto
que te hundes, oye con creciente angustia
la misma muerte tu divino canto.

JUAN RAMÓN MOLINA.

Ser desconocido...

SER desconocido hasta por aquéllos a quienes amamos, es la copa de amargura y la cruz de la vida; he aquí lo que pone en los labios de los hombres superiores esa dolorosa y triste sonrisa de que tanto se admiran algunos; es la prueba más cruel de las que se reservan a los hombres que se sacrifican; es la que con más frecuencia debió de oprimir al corazón del Hijo del Hombre, y, si Dios pudiera sufrir, sería la herida que diariamente le hiciéramos. El también, El sobre todo, es el gran desconocido, el soberanamente incomprendido. ¡Ay, ay! No cansarse, no enfriarse, ser paciente, simpático y benévolo; espiar a la flor que nace y al corazón que se abre; esperar siempre, como Dios; amar siempre, tal es el deber.

FEDERICO AMIEL.



Inmortalidad

Cuando en el éter fúlgido y sereno
arden los astros en la noche umbría
el pecho de feliz melancolía
y confuso pavor, siéntese lleno.

¡Ay! Así girarán cuando en el seno
duerma yo, inmóvil, en la tumba fría....
Entre el orgullo y la flaqueza mía
con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿qué digo? Irrevocable suerte
también los astros a morior destina
y verán por la edad su luz nublada.

Mas superior al tiempo y a la muerte,
mil alma verá del mundo la ruina
a la futura eternidad ligada.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

Libros útiles

Yo quisiera insistir cerca de todos los jóvenes, en que al principio de la debida y sabia provisión de su casa, obtengan, hasta el punto que puedan, en la más severa economía, una colección de libros útiles para la vida, restringida, aprovechable y continua, aunque lentamente aumentada, haciendo de su pequeña biblioteca, entre todo el mobiliario de su casa, la pieza más estudiada y decorativa, donde cada volumen tenga asignado su lugar, como una pequeña estatua en su nicho, y de modo que una de las primeras y más estrictas lecciones para el niño de la casa, sea la de volver las páginas de sus posesiones literarias, rápida y deliberadamente, sin probabilidades de rasgarlas o desprenderlas.

JOHN RUSKIN.



De la ausencia

Se fué y no ha de tornar . . .

Todas las cosas
que ven mis ojos, la dormida fuente,
los árboles amigos y las rosas
y el firmamento azul, todas las cosas
que ven mis ojos, me hablan de la ausente.

¿En dónde están su frente taciturna
y sus manos translúcidas? ¿En dónde
su cabellera fértil y nocturna
y su voz musical?

Nadie responde
con la voz fraternal a mis acentos
y hay en mi corazón aletargado
la tristeza de aquellos aposentos
en que se nos ha muerto un ser amado.

EDUARDO CASTILLO.

La princesa ensangrentada

... Esa Sara Pérez tenía los ojos más hermosos que en este mundo se pueden soñar: ojos de agua verde con destellos de oro, los ojos que a usted le gustan, los ojos de Antinóo. En Roma esos ojos la hubieran hecho concubina de Adriano. En Madrid la convirtieron en princesa de Eboli, metiéndola desnuda todas las noches en la cama del rey; pero esas grandes pupilas de esmeralda y sus transparencias inspiraban horribles celos a Felipe II, y la princesa, que se aburría en el fúnebre palacio y con las conversaciones más fúnebres aún de su rey, tuvo un día la desdichada idea de fijar sus admirables ojos en el marqués de Posa. Salía de los oficios, estaba en el umbral de la capilla, y la princesa creía estar sola con su camarera mayor; la vigilancia de las cogullas le hizo traición. Felipe se enteró, y por la noche, en la intimidad de la alcoba, y durante una explicación violenta y una borrascosa lucha cuerpo a cuerpo, el Hapsburgo, poseído de una rabia febril, derribó por tierra a la favorita y le arrancó el ojo de una dentellada.

Fué la princesa ensangrentada. Hermoso título para un cuento cruel. Villiers de l' Isle Adam lo olvidó para uno de los suyos. La de Eboli quedó tuerta: la amiga real tuvo desde entonces un agujero abierto en medio de la cara. Felipe II, que tenía a la judía metida en la sangre, conservó a su lado a la princesa. La indemnizó con algunos títulos y con el gobierno de algunas provincias; pero el pesar de la verde pupila que había estropeado le inspiró la idea de incrustar en la órbita sangrienta y vacía una soberbia esmeralda engastada en plata y a la que los cirujanos de entonces dieron apariencia de mirada. Los oculistas han hecho muchos progresos después. La de Eboli, ya muy impresionada por la pérdida de su ojo, murió al poco tiempo a consecuencia de la operación. Fué a reunirse con su ojo a la tumba.

Todo era bárbaro bajo ese Felipe II: el modo de amar y los cirujanos.

Felipe II, amante inconsolable, dió orden para que arrancasen la esmeralda del rostro de la muerta y la hizo montar en una sortija; la llevaba siempre, no se la quitaba ni para dormir, y, cuando murió, dicen que tenía la lágrima verde en el anular de la mano derecha.

JEAN LORRAIN.

La fuga

Temblábamos al par... En el austero
desorden que realizaba tu hermosura
acentuó tu peinado su negrura
inquietante de pájaro agorero...

Nadie en tus ojos vió el enigma; empero
calló hasta el mar en su presencia oscura.
Inaccesible y ebria de aventura,
entre mis brazos te besó el lucero.

Apénas subrayó el esquiife vago
su escuálida figura sobre el lago,
te sublimaron trágicos sonrojos...

Sacramentó dos lágrimas postreras
mi beso al consagrar sobre tus ojos.
¡Y se durmió la tarde en tus ojeras!

JULIO HERRERA REISSIG.



Corazón cautivo

(Versión de Abel Alarcón)

No sé cómo cantáis, mi maestro, que yo os es-
cucho siempre en asombrado silencio.

La luz de vuestra música ilumina el Mundo. El
aliento de vuestra música se difunde de cielo en
cielo. La corriente divina de vuestra música rom-
pe en su curso vallas de roca y deleitando pasa.

Mi corazón ansia confundirse en vuestro himno,
pero vanamente lucha, porque no tiene ni un solo
acento. Yo hablaría; mas el verbo no cabe en ese
himno, y únicamente gemir puedo por mi anhelo
frustrado.

¡Ah! Vos hicisteis cautivo mi corazón en la red
infinita de vuestra música, mi dueño.

RABINDRANATH TAGORE.

Derechos reservados

El alma de Judas

El destino de Judas de Kerioth nos sume en un abismo de admiración. Porque al cabo ese hombre vino para cumplir las profecías: era preciso que vendiera al Hijo de Dios por treinta dineros. Y el ósculo del traidor es, como la lanza y los clavos venerados, uno de los instrumentos necesarios de la Pasión. Sin Judas, ni se hubiera realizado el misterio, ni salvado el género humano. Y, sin embargo, es opinión constante entre los teólogos que Judas se condenó. Fúndanla en esta frase de Cristo: *Más le valiera no haber nacido*. Esta idea de que Judas perdió su alma trabajando por la salvación del mundo ha sido el tormento de muchos místicos cristianos, y, entre otros, el abate Egger, primer vicario de la catedral de París. Este sacerdote, que poseía un alma llena de piedad, no podía soportar la idea de que Judas padeciera en el infierno las eternas penas. En él pensaba constantemente, y sus angustias crecían con sus perpetuas meditaciones.

Llegó a creer que el rescate de aquella alma desventurada interesó a la divina misericordia, y que, no obstante la obscura palabra del Evangelio y la tradición eclesiástica, el hombre de Kerioth pudo salvarse. Las dudas se le hacían insoportables y quiso aclararlas. Una noche de insomnio se levantó y entró por la sacristía en la iglesia desierta, donde las lámparas ardían perpetuamente rodeadas de tinieblas. Prostróse ante el altar mayor y oró así:

Dios mío, Dios de clemencia y amor; si es cierto que has recibido en tu gloria al más desventurado de tus discípulos; si es verdad, como lo espero y quiero creerlo, que Judas Iscariote está sentado a tu diestra, ordena que descienda hasta mí y que él mismo me anuncie el más grande milagro de tu misericordia.

Y tú, a quien maldicen desde hace diez y ocho siglos y a quien yo venero porque al parecer preferiste el infierno para tí sólo a fin de reservarnos el cielo, macho cabrío emisario de traidores y de infames, ¡oh Judas! ven a imponerme tus manos para que pueda consagrarme al sacerdocio de la misericordia y del amor.

Terminada esta oración, el sacerdote prosternado sintió como dos manos que se posaban en su cabeza cual las del Obispo el día de su ordenación. Al siguiente, anunció su vocación al Arzobispo.

—Soy sacerdote de la Misericordia le dijo— según la orden de Judas, *secundum ordinem Judas*.

Y desde ese mismo día, M. Egger se fué por el mundo a predicar el evangelio de la piedad infinita en nombre de Judas redimido. Su apostolado se abismó en la miseria y la locura. M. Egger se hizo swēdenborgiano y murió en Munich. Fué el postrero y más dulce de los cainitas.

ANATOLE FRANCE.



Nocturno

Los que auscultásteis el corazón de la noche,
los que por el insomnio tenaz habéis oído
el cerrar de una puerta, el resóñar de un coche
lejano, un eco vago, un ligero ruido . . .

En los instantes del silencio misterioso,
cuando surgen de su prisión los olvidados,
en la hora de los muertos, en la ora del reposo,
sabréis leer estos versos de amargor impregnados.

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
la pérdida del reino que estaba para mí,
el pensar que un instante pude no haber nacido,
y el sueño qué es mi vida desde que yo nací.

Todo esto viene en silencio profundo
en que la noche envuelve la terrena ilusión,
y siento como un eco del corazón del Mundo
que penetra y conmueve mi propio corazón.

RUBÉN DARÍO.

La vida humana

Oh vida casual inútil,
¿para qué me fuiste dada?
¿Y por qué el destino ciego
me condenó a la desgracia?
¿Qué fuerza enemiga quiso
arrancarme de la nada,
pasiones vertió en mi pecho,
dudas en mi mente insana?
Vida que no tiene objeto,
corazón hastiado y alma
a quien el eco monótono
de su propia vida cansa.

ALEXEI SERGIEVITCH POUCHKINE.



Río Guayape

(Fragmento)

En el verano su raudal sonoro
es una móvil cinta reluciente
fugitiva entre márgenes de oro.

Vuelan sobre él en el sereno ambiente
ágiles garzas de morena pluma
tras el vago ondular de su corriente.

Pero llega el invierno con su bruma
y con sus pertinaces aguaceros
y ya el río es un mar de parda espuma.

Desbórdase por montes y senderos,
destruye todo lo que encuentra al paso
y arrasa platanares y potreros.

Al caer el día, hacia el obscuro ocaso
véense rodar sus aguas rugidoras
del sol de octubre al resplandor escaso.

Y de la noche en las solemnes horas
hasta la casa triste de la hacienda
suenan sus fuertes voces turbadoras.

Y cual un potro indócil a la rienda
llega hasta el borde mismo de los llanos
amenazando a la rural vivienda.

De su tronco a los árboles ancianos
arranca sin cesar de los boscajes
bajo los truenos sordos y lejanos,

y en sus nidos los pájaros salvajes
con las pupilas fúlgidas y hurrañas,
sacuden aterrados sus plumajes
y buscan un asilo en las montañas.

FROYLÁN TURCIOS.

Abanico de Rayos

Mitzu-Vogi (Abanico de Rayos), era célebre entre las grandes oiráns, (*) y lo era tanto por su belleza, por su extraordinaria coquetería y por su lujo, como por el refinamiento de sus amores, y, sobre todo, por su arrogancia cruel unas veces, zalamera otras. Fingía fingiendo que no quería, o simulaba arranques desordenados de pasión sin que nunca su corazón apresurase o disminuyese la velocidad de sus latidos. Devoraba las fortunas, y luego arrojaba al hombre arruinado como se puede arrojar una cáscara de melón.

Una tarde le anunciaron que una mujer deseaba verla para ofrecerle alfileres de coral para el pelo, primorosamente trabajados, y como precisamente quería comprar adornos de esa clase, Abanico de Rayos permitió a la vendedora que entrase.

Entró una mujer delgada y pálida, y con gesto brusco le presentó un cofrecito de alfileres que temblaba en sus manos, mientras clavaba en la hermosa oirán una mirada ávida y enloquecida.

Esta, algo sorprendida, se probaba los alfileres cuando de pronto la mujer cayó al suelo desvanecida y dando un grito.

Se apresuraron a cuidarla para que volviese en sí, y en cuanto, hubo recobrado el conocimiento, Abanico de Rayos hizo salir a todas sus sirvientas.

Por la extremada distinción de su persona, por la elegancia del traje y por la nobleza de sus ademanes, la cortesana había adivinado que no era una vendedora.

—Noble mujer—le dijo—¿qué venís a hacer aquí? ¿Qué clase de sufrimiento es el que os quita el color, y en qué puedo servirlos?

—Venía a suplicaros que me devolviérais a mi esposo—exclamó sollozando la extranjera—; pero al ver vuestra triunfante belleza he comprendido que tienen razón para preferiros a todas las demás, y el único consuelo que me queda es la muerte.

—Decidme el nombre de vuestro esposo—respondió Abanico de Rayos—y os juro que no le recibiré más. No dudéis de mi palabra; es la primera vez que juro formalmente, y tened la seguridad de que cumpliré mi promesa. Y ahora, no santificuéis por más tiempo con vuestra presencia este impuro lugar.

La triste esposa se fué algo consolada, y la loca oirán cumplió rigurosamente su promesa.

Como si tuviese miedo de olvidarla, llevaba siempre adornando sus cabellos los alfileres de coral que la honrada mujer le había dejado.

Y el amante despedido, a pesar de que hizo cuantos esfuerzos pueden imaginarse, no la volvió a ver.

(*) Cortesanas japonesas.

Pasados algunos meses, Abanico de Rayos se hallaba una mañana en su jardín haciendo música, cómodamente sentada a la sombra de los frondosos árboles, cuando vió que, salvando el arroyuelo por el puente de laca y púrpura, la misma mujer avanzaba en compañía de tres niños pequeños.

Su palidez había aumentado, y sus facciones parecían que se hundían más aún.

—Ya me había figurado—le dijo que de vuestro amor no se curaba fácilmente. Habéis cumplido fielmente vuestra promesa; pero el mal, en vez de calmarse, ha empeorado. La desesperación se ha apoderado de vuestro amante, y sin veros no os borráis un instante de su pensamiento y los celos le devoran cruelmente. La idea de que no os ve, mientras otros gozan de vuestra presencia, le es intolerable, y vengo a devolveros vuestra palabra, a suplicaros que concedáis de nuevo vuestras gracias al desgraciado que se está muriendo, siquiera sea para conservar el padre a estas pobres criaturas.

Y hacía que los niños adelantasen a la cortesana. Y los pobrecitos estaban avergonzados mientras ella, estupefacta, los atraía con cariño y los contempló largo rato. ¡Tal vez no había visto nunca niños!

Un velo de honda tristeza cubrió su hermoso rostro y apagó la sonrisa de sus labios, y después de largo silencio dijo, como si hablase consigo misma:

—He ahí la carne tierna y suave que sin saberlo devoramos al fundir con el fuego de nuestros besos la fortuna de los padres. ¡Oh! ¡Somos unos monstruos inconscientes!

Y los ojos se le llenaron de lágrimas cuando se fijó en la dolorida esposa que tanto había llorado por ella.

—Puesto que los celos le consumen y que no puede librarse de ellos, decid al esposo infiel que venga aquí mañana. Me verá, pues quiero que sus celos acaben.

Al día siguiente, el enloquecido amante contempló una muerta; una muerta completamente blanca y tendida en la suntuosa cama.

Abanico de Rayos había tomado un veneno; pero antes había escrito las siguientes líneas en su abanico:

¿Qué supone la existencia de una cortesana si se compara con la de una noble familia?

Yo he cumplido con mi deber. Que tu mujer y tus hijos te dicten el tuyo.

JUDITH GAUTHIER.



Los ojos

Ojos hay, soñadores y profundos
que nos abren ligeras perspectivas;
ojos cuyas miradas pensativas
nos llevan a otros cielos y a otros mundos.

Ojos como el pesar meditabundos,
en cuyo fondo gris vagan esquivas
bandadas de ilusiones fugitivas
como en el mar, alciones errabundos.

Ojos hay que las penas embellecen
y dan el filtro de celeste olvido
a los que al peso de su cruz fallecen.

Ojos tan dulces como el bien que ha sido
y que en su etérea vaguedad parecen
astros salvados del edén perdido.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.



Jardín de primavera

Jardín de primavera, ¿qué tienen tus rosales
que hacen que yo solloce entre sueños lejanos,
que exhalan estas tristes fragancias celestiales
como si por las rosas estuvieran sus manos?

Era la tarde, cuando, bella como una rosa
blanca, bajaba al parque a acariciarlo todo,
a poner en el alma de luz de cada cosa
la gracia melancólica de su doliente modo....

Y su caricia era de tan fresca elegancia
que todo le prestaba su olor en la arboleda;
así ella estaba siempre cargada de fragancia
y estelaba la estancia de perfume y de seda....

Hoy, cuando nada blanco ni nada dulce encuentro
entre esto blanco y dulce que miro suspirando,
parece que estas rosas de nieve tienen dentro
a sus ojos azules que me miran llorando.

JUAN R. JIMÉNEZ.